ETNOCENTRISMO, PREJUICIO Y XENOFOBIA EN LA OBRA DE JOSE MARIA DE PEREDA: DEL REGIONALISMO PROVINCIANO AL PATERNALISMO LOCALISTA*

I

Sabido es que una de las acusaciones que más directamente hirieron y preocuparon a Pereda fue la formulada por Emilia Pardo Bazán en un artículo publicado en *La Época,* en 1882. En ese escrito, recogido después en *La cuestión palpitante,* la novelista gallega afirmaba que el prosista cántabro jamás había intentado «estudiar a fondo los medios civilizados, la vida moderna de las grandes capitales», pues le eran antipáticos y abominaba de ellos. De ahí que asegurase que la obra de Pereda se podía comparar a «un huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres, pero de limitados horizontes».[1] Como el mismo novelista posteriormente confesaba, en la polémica sostenida con la Pardo Bazán a raíz de la publicación de *Nubes de estío* (1890), tales inculpaciones le instaron, deseoso de recoger

---

* Ponencia presentada en el Coloquio mencionado en p. 137.

[1] Para más detalles, ver, p. ej., el prólogo de José María de Cossío a *Pedro Sánchez,* Madrid: Espasa-Calpe («Clásicos castellanos»), 1968, p. XXIII.

los elogios de la crítica sin reticencias ni reservas, a abandonar el escenario y el ámbito montañeses: *Pedro Sánchez* (1883) y *La Montálvez* (1888) fueron el fruto de esa momentánea «expatriación». Sin embargo, ambas novelas son, precisamente, *anticentralistas* y, por tanto, las más regionalistas de toda su producción literaria. Pedro Sánchez, el joven montañés sencillo e ingenuo, de costumbres tradicionales, antiguo redactor de un periódico de ideas avanzadas, revolucionario convencido, gobernador civil de una provincia y emigrante con éxito en los negocios, vuelve, derrotado y escarnecido, a su pueblo nativo, en busca de la felicidad perdida. *Regresa,* al final de su «larga y azarosa carrera», *a su terruño* para no sentirse abandonado y extranjero en su *propia patria:* «porque ser extranjero y estar solo es vivir entre generaciones que se han formado lejos de nosotros y han creado una sociedad que en nada se parece a aquella en la cual nacimos y nos formamos después a su manera».[2]

Henos aquí, pues, ante un pasaje significativo que ilustra concisa y francamente la pudorosa y honesta actitud de Pereda frente al binomio «patria chica» *vs* «patria grande» (o, también, recurriendo a otras parejas manidas que, sin embargo, tienen la ventaja de aportar categorías semánticas avaladas por la tradición literaria, «aldea» *vs* «corte», «regionalismo afectivo y específico» *vs* «nacionalismo desfigurado y amorfo», «placidez bucólica e idealizada» *vs* «aires modernos»; en suma: *tradición vs innovación*); actitud que le llevaría, al querer defender a ultranza tesis que él consideraría fundamentales, justas y legítimas, a refugiarse en una especie de costumbrismo conservador y obsesivo que idealizaba el pasado, desvalorizaba las aportaciones y las mejoras del presente, y a censurar las conmociones político-sociales provocadas por un pseudoliberalismo que, debido a la rígida postura de la gran mayoría de los representantes de las clases dominantes, no llegó a cua-

---

[2] *Pedro Sánchez,* en *Obras completas,* II, Madrid: Aguilar, 1975, p. 187. Citamos siempre las obras de Pereda por esta edición.

jar en España y, mucho menos, a aportar cambios radicales y perdurables en la sociedad.[3]

De ahí que Pereda, «representante por excelencia» y «defensor categórico» del patrimonio cultural montañés, apoyase incondicionadamente el movimiento catalanista, aprobase sin reservas buena parte de sus críticas y acusaciones a la concepción estatal —centralista y poco democrática— y, evidentemente, defendiese la lengua y la cultura catalanas, en las que el cántabro advertía una saludable compensación y un claro reflejo de la variedad étnica[4] de las distintas regiones españolas, relegadas sin ambages a un papel secundario o insignificante por una burguesía medianamente culta (reunida en la capital, aunque originaria de toda la geografía del país), que reivindicaba tácitamente el derecho exclusivo de encarnar y representar la totalidad de la cultura castellana y española. Sin embargo, cuando el catalanismo adquirió cierta consistencia política y proclamó las Bases de la *Unió Catalana* (1892), Pereda reaccionó «desde una óptica castellana tradicionalista, atemorizado por pasar del concepto de *región* (que acepta) al concepto de *nación* (que rechaza)».[5] Como bien observa Bonet

---

[3] De entre los numerosos pasajes que podríamos citar para sustentar nuestras afirmaciones, reproducimos únicamente este párrafo de *Pedro Sánchez:* «Al movimiento innovador y reformista iniciado ya con bríos a mi salida de España había sucedido la revolución política de 1868, harto más radical y demoledora que la del 54, en que tan activa parte había tomado yo. El primero transformó el aspecto exterior de los pueblos; la segunda influyó grandemente en el modo de pensar de los hombres; y al impulso de estos dos agentes poderosos, la sociedad salió de sus antiguos cauces y entróse por otros nuevos, creóse la vida distintas necesidades y se transformaron radicalmente las costumbres» (p. 187).

[4] Nos referimos al lexema «étnico» en su acepción sociológica; o sea, en el amplio sentido de «diferencias culturales lingüísticas y de tradición».

[5] Ver la «Introducción» de Laureano Bonet a José María de Pereda, *La Puchera,* Madrid: Clásicos Castalia, 1980, p. 39. Bonet ha vuelto, entre tanto, a profundizar en la cuestión en «Pereda entre el regionalismo y la lucha de clases: crónica de un viaje a Cataluña»,

(aunque, quizá, generalizando demasiado), «Aquí radican precisamente los exiguos límites del regionalismo perediano: su concepto de la región es sensorial y, desde luego, esteticista en el doble sentido de la palabra, puesto que las facciones plásticas de la patria 'chica' han de ser forzosamente bellas, ejercen algo así como el papel de claustro materno, y se convierten acto seguido en materia artística, incluso —recordemos una de las tesis de *Peñas arriba*— en garantía de la buena calidad de un texto literario».[6]

El discurso de Pereda en los Juegos Florales de Barcelona, en mayo de 1892, ofrece pasajes valiosos para interpretar y comprender el concepto perediano del regionalismo. Concepto mal comprendido por los intelectuales avanzados[7] de todas las épocas, blanco preferido de los hombres del 98 (con excepción de Unamuno) y —debido a eso, primero, y a su silencio deliberado y hostil, después— injustamente monopolizado y abusiva e impúdicamente manipulado por los sectores reaccionarios, quienes, adelantándose a la jerga fascista de

---

recogido en su excelente libro *Literatura, regionalismo y lucha de clases (Galdós, Pereda, Narcís Oller y Ramón D. Perés)*, Barcelona: Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 1983, pp. 117-191.

[6] *La Puchera*, p. 39.

[7] El último ejemplo lo hallamos, por ahora, en la excelente *Historia social de la Literatura española* (a la que, dicho sea de paso, y para evitar que el lector pueda sospechar que citamos el pasaje movidos por animadversión, hemos dedicado una calurosa y amplia reseña en *Romanische Forschungen*, 1-2, 1981). Los autores, guiándose acaso por su sano instinto anticonservador, han caído también en el error, afirmando que la «base ideológica de Pereda se halla, como era de esperar, en la Religión: (...). Para llevar adelante su tesis, crea personajes divididos sucinta y radicalmente en buenos y malos, en blanco y negro, de desarrollo y complejidad psicológica mínima, enmarcados en una sociología elemental, rudimentaria y falsa. El resultado no es otro que una novelística de tendencia tan obvia como totalizadora, marcada indeleblemente con el sello de la intolerancia: Pereda no puede ser calificado, en rigor, de conservador, sino de reaccionario» (Carlos Blanco Aguinaga - Julio Rodríguez Puértolas - Iris M. Zavala, *Historia social de la Literatura española (en lengua castellana)*, II, Madrid: Castalia, 1979, p. 140).

los años cuarenta, vieron en Pereda un defensor acrítico de los «valores eternos» de España, y lo presentaron como soldado solitario en desigual lucha contra los espíritus europeizantes, anticatólicos, socialistas y masónicos. Veamos el pasaje al que nos referimos:

> «...los más grandes y complejos idealismos no son, al fin y al cabo, otra cosa que irradiaciones del conocimiento que se tiene y se siente, de una realidad pequeña. Escarbad un poco en la mente y en el corazón del soldado que vierte su sangre por la independencia y la libertad de la patria, y no hallaréis allí, seguramente, por móviles de su ardimiento y su bravura, simbolismos complicados ni abstracciones sutiles, sino imágenes fidelísimas de todo lo que conoce, y siente y ama: la familia, el hogar, el panorama de su valle (...), en suma, el terruño natal, entero y verdadero».[8]

Estando así las cosas, y ante la imposibilidad de detenernos a mencionar otros de los muchos ejemplos que vendrían al caso, vamos a acercarnos a la obra perediana, valiéndonos para ello de las categorías analíticas que nos hemos propuesto. Tales categorías nos permitirán juzgar con suficiente objetividad y corrección la actitud del novelista montañés frente a algunos de sus personajes principales, así como su presentación de los mismos y su interpretación de algunos de los valores culturales que él consideraba dignos de conservar y de defender. Ni que decir tiene que para ello tenemos muy en cuenta el hecho de que el objetivo de la literatura no es, ante todo, el análisis de la sociedad en su totalidad; se trata, en primer lugar, de la interpretación y de la explicación del ambiente histórico y cultural de un individuo determinado.

II

En las Ciencias Sociales, la acepción de *etnocentrismo* se ha mantenido invariable desde su introducción, en 1906, por William Graham Sumner, que lo define como «technical name

---

8 *La Puchera,* p. 40.

for the view of things in which one's own groups is the center of everything, and all others are scaled and rated with reference to it».[9] Este concepto denota, por tanto, «la idea de identificación del individuo con la cultura de su grupo y el supuesto, por parte del individuo, que las pautas culturales de su grupo son las mejores y constituyen las formas correctas de conducta».[10] Dicho término nutre, pues, una visión desfigurada y subjetiva del *endogrupo*.[11]

Gordon W. Allport, en su exhaustivo tratado sobre el *prejuicio* (1953), llega, tras amplias y penetrantes dilucidaciones, a la definición siguiente:

> El prejuicio étnico es una antipatía que se apoya en una generalización imperfecta e inflexible. Puede sentirse o expresarse. Puede estar dirigida hacia un grupo en general, o hacia un individuo por el hecho de ser miembro del grupo. El efecto final del prejuicio, así definido, es colocar al objeto del prejuicio en una situación de desventaja no merecida por su propia conducta.[12]

---

[9] «...es el nombre técnico para el modo de ver las cosas, según el cual, el propio grupo es el centro de todo, y todos los otros son medidos y evaluados con referencia a él». W. G. Summer, *Folkways: a study of the sociological importance of usages, manners, customs, mores and morals*, Boston: Ginn & Co, 1907, p. 13.

[10] Ver el término «Etnocentrismo» en el *Diccionario de Ciencias Sociales* (Comité editorial: Salustiano del Campo, Juan F. Marsal y José A. Garmendia; Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1976) I, p. 841.

[11] Ver los términos «intragrupo» y «extragrupo» en el *Diccionario de Ciencias Sociales*, I, pp. 1.165-1.166. En español se usan, indiferentemente, los lexemas «endogrupo», «ingrupo» e «intragrupo» como equivalentes del *ingroup;* extragrupo y exogrupo son los vocablos castellanos correspondientes a *outgroup*.

[12] Gordon W. Allport, *La naturaleza del prejuicio* (Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1977), p. 24. Citamos siempre por esta edición. Allport indica otro ingrediente adicional, que queremos añadir por ser también relevante para nuestros fines: «El prejuicio es una pauta de hostilidad en las relaciones interpersonales, que se dirige contra un grupo entero o contra sus miembros individuales; cumple una función irracional específica para quien lo sustenta» (p. 27). A continua-

Peter Heintz, mi admirado maestro zuriqués, al referirse al prejuicio en sentido lato, observa que es, ante todo, una «forma de orientación social» que se puede manifestar incluso entre los miembros de un determinado endogrupo.[13]

Harvey, Hunt y Schroeder, tras una revisión profunda de la naturaleza de los diferentes conceptos, afirman que los *prejuicios* de grupo son, substancialmente, el resultado de la adopción de *estereotipos* en relación con el grupo o la(s) persona(s) sobre los que recae el prejuicio; el resultado de tales estereotipos es una limitación en número y calidad de las «integraciones y diferenciaciones conceptuales que el individuo puede hacer respecto del fenómeno que observa o juzga. Si el modelo conceptual del grupo [o de la(s) persona(s)] es rígido, el individuo que sustenta el estereotipo tenderá, como resultado de un concepto más cerrado, a percibir los objetos de manera que su esquema se refuerce en vez de debilitarse».[14] Resulta, pues, plausible que toda «discriminación» es un modo de adaptación más o menos racional a determinados intereses o actitudes del individuo o del grupo que entiende representar. De tal actitud surge el «hombre marginal», o sea, el individuo que, como resultado de su contacto con nuevos grupos (por ejemplo, mediante la emigración: en nuestro caso el «jándalo» o el «indiano»), adquiere, en mayor o menor grado, atributos de pertenencia a tales grupos, aunque —quizá, pero no obligatoriamente— manteniendo características de la pertenencia a los grupos de origen. Dicha marginalidad puede resultar, en parte, de su lealtad a las nuevas normas y de su preferencia por antiguos roles habituales y puede ser considerada negativa y/o positivamente.

El *estereotipo*, a su vez, concepto introducido por Walter

---

ción específica: «La frase final de esta definición implica que las actitudes negativas no son prejuicios a menos que sirvan un propósito de gratificación íntima para la persona que las adopta» (p. 27).

[13] Peter Heintz, *Soziale Vorurteile. Ein Problem der Persönlichkeit, der Kultur und der Gesellschaft* (Köln: Verlag für Politik und Wirtschaft, 1957).

[14] *Diccionario de Ciencias Sociales*, II, p. 570.

Lippmann, en 1922, para referirse a ciertos mecanismos cognitivos de simplificación —y, por lo tanto, de distorsión— de la realidad, es definido por Allport como «creencia exagerada que está asociada a una categoría. Su función es justificar (racionalizar) nuestra conducta en relación a esa categoría. (...) Un estereotipo no es idéntico a una categoría; es más bien la idea fija que acompaña a la categoría. Por ejemplo, la categoría 'negro' puede ser mentada simplemente como un concepto neutro, real, no valorativo, que se refiere simplemente a una estirpe racial. El estereotipo entra en juego solamente cuando la categoría inicial se carga de 'imágenes' y juicios del negro como músico, haragán, supersticioso, o lo que sea. (...) El estereotipo actúa, a la vez, como un recurso justificatorio para la aceptación o el rechazo categórico de un grupo y como un recurso selectivo o 'pantalla' que asegure el mantenimiento de la simplicidad en la percepción y en el juicio».[15]

Hofstätter distingue entre «autoestereotipos» (referidos al propio grupo) y «hetereoestereotipos» (referidos a otros grupos).[16] La consideración de esta tipología se revelará también provechosa para la apreciación de la defensa de Pereda con respecto a su actitud frente a algunas categorías «regionales».

III

Hemos mencionado antes, al referirnos al *prejuicio,* los términos «jándalo» e «indiano», que, como sabemos, aparecen con insistencia —y desde un principio— en la obra perediana. En *Escenas Montañesas,* su primer libro,[17] aparecen ya dos títulos significativos: «A las Indias» y «El jándalo». En «El jándalo», Pereda narra, de forma sarcástica y cruel, la vuelta al

---

15 *La naturaleza del prejuicio,* pp. 215-216.

16 Peter R. Hofstätter, *Gruppendynamik* (Hamburg: Rowohlt, 1957), p. 99.

17 *Escenas Montañesas* se publicaron en volumen en 1864, pero su redacción era muy anterior. Algunas habían aparecido en *La Abeja Montañesa;* otras, en *El Tío Cayetano* («Las visitas», «El Trovador», «El Jándalo», y «La Primavera»).

pueblo de un montañés que, como tantos entonces, había emigrado a Andalucía. En sólo tres años había olvidado el acento peculiar del habla de su región y se había «adaptado» a la lengua y costumbres andaluzas.[18] Sin embargo, después de unos meses de vida de «señorito» en su pueblo, al terminársele la «última peseta», deja de hablar en caló y vuelve a usar el habla de su grupo.[19] En «A las Indias», Pereda se declara decidida y claramente contra la emigración,[20] apuntando de paso las nocivas consecuencias que implica el privar a la región de jóvenes en plenas capacidades laborales.[21] De ahí que el relato empiece y termine con una tonada montañesa:

A las Indias van los hombres,
a las Indias por ganar;
las Indias aquí las tienen
si quisieran trabajar.

---

18 «Todo un 'curro' era el jinete, / a juzgar por su trapío: / faja negra, calañés, / y sobre la faja un cinto / con municiones de caza, / pantalón ajustadísimo, / marsellés con más colores / que la túnica de un chino, / y una escopeta, al arzón / unida por verde cinto» (p. 262); «En tanto vagaba el jándalo, / sobre su andaluz 'bravío', / por callejas y senderos / 'reconociendo' los sitios / que poco antes frecuentara / con el dalle y el rastrillo... / Porque lo había olvidado / todo, todo..., hasta el oficio, / y el lenguaje de su pueblo / y el nombre de sus vecinos» (p. 264).

19 «Dejó, en fin, su mixta jerga / en andaluz muy corrompido, / y volvió a adoptar de plano / su propio lenguaje antiguo» (p. 265).

20 «El producto de la única vaca que tenía el tío Nardo, vendida deprisa y al desbarate, dio justamente para los gastos de equipo del futuro indiano y para el pequeño fondo de reserva que debía llevar consigo, fondo que se aumentó con medio duro que el señor cura le regaló el mismo día que le confesó; con seis reales del maestro que le dio últimamente lecciones especiales de escritura y cuentas, y con la media onza de que tiene noticia el lector. Y no se arruinó completamente la pobre familia para 'echar de casa' a Andrés gracias al generoso anticipo del indiano; de otro modo, hubiera vendido gustosa hasta la cama y el hogar. Los ejemplos de esta especie abundan, *desgraciadamente,* en la Montaña» (p. 179) (El subrayado es nuestro).

21 «Pero tía Nisca, de imaginación más activa que su marido, examinaba interiormente el cuadro de sus pesares, ¡y no le faltaban

Sin embargo, como hemos visto más arriba, al referirnos a Pedro Sánchez, el jándalo y el indiano pueden, según Pereda, enmendar sus errores de juventud, dando buen ejemplo, respetando las leyes «sacrosantas» de la tradición, volviendo a la «tierruca»,[22] reintegrándose plenamente en la comunidad y, ante todo, cooperando firmemente en el mantenimiento de la felicidad, la armonía y el equilibrio colectivos del lugar.

Pero volvamos a las categorías que entendemos analizar y que ya antes hemos definido. Para ello hemos juzgado oportuno, por motivos obvios, considerar solamente algunas de las novelas más representativas e idóneas para nuestros fines, en especial *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879), *De tal palo, tal astilla* (1880), *La puchera* (1888) y *Peñas arriba* (1894).

IV

En *Don Gonzalo González de la Gonzalera,* tanto la marcada —aunque ponderada— tendencia antirrevolucionaria de la

---

causas con que justificar toda la amargura de los dolores que sentía! Por eso no pudo menos de dirigir un duro apóstrofe a la tierra que pisaba, viéndola poblada de ásperos escajos, y cuya aparente esterilidad alejaba de ella a sus hijos para buscar en país remoto lo que la madre patria no podía darles. ¡Cargo injusto, por cierto, y que, perpetuamente en boca de tantos ignorantes, sostiene en esta provincia la plaga de emigración que la despuebla!...» (p. 184).

[22] Ante la imposibilidad de examinar a fondo en esta ocasión la actitud de Pereda frente a la problemática del «retorno» a la tierruca, nos limitamos a citar un pasaje significativo, referido a Toribio Mazorcas, uno de los protagonistas de «Blasones y talegas»: «Fuese en sus mocedades a probar suerte en Andalucía, y allí, fregando la mugre del mostrador de un amo avaro y cruel, supo ahorrar y aprender lo suficiente para establecerse de cuenta propia en una taberna al cabo de algunos años de esclavitud y de sufrimientos indecibles. Poco a poco la taberna llegó a ser bodega; y cuando el jándalo cumplió medio siglo podía alabarse de contar muchos menos años que pares de talegas. Entonces se vino a la Montaña con ánimo de no volver a salir de ella (...)» (p. 395). Más adelante volveremos parcialmente sobre el tema, cuando analicemos algunos aspectos relacionados con Don Gonzalo González, el Berrugo, y don Sotero.

novela como las evidentes preferencias ideológicas del novelista (claramente encarnado en la figura del protagonista, don Román Pérez de la Llosía), ofrecen un indicado punto de partida para abordar el estudio de los personajes «negativos». Don Gonzalo, el promotor indiscutible del arresto de don Román, reúne en sí una serie de características negativas, demasiado evidentes para no sospechar, desde un principio, cierta animadversión por parte del novelista. Su «personalidad» —o sea, su caricatura— es, en efecto, la respuesta concisa y estricta del *prejuicio* que Pereda mantuvo desde el inicio (más tarde, sin embargo, rectificaría parcialmente su actitud) frente a los indianos.[23] Asimismo aparecen los obligados *estereotipos* relativos a su lenguaje híbrido, extraño y ridículo,[24] y a su forzosa irreligiosidad.[25] Uno de los pocos puntos «positivos» de don Gonzalo es, en opinión del autor (que habla por boca de don Román), el hecho de que, a pesar de todo, se haya decidido a volver a su pueblo a gastar «entre los suyos» sus ahorros.[26]

Lucas, el conspirador liberal que importó las ideas «revolucionarias» en Coteruco, es asimismo blanco de los *prejui-*

---

[23] De ahí que aparezca a menudo, con connotaciones manifiestamente despectivas, el lexema «indianete» (ver, p. ej., las páginas 915, 927, 928 y 941).

[24] «El lenguaje de este hombre se adivina: era meloso y fino, como el 'huevo hilado'; decía 'frido', 'cercanidas' y 'cacado'» (p. 871).

«Hay que aprovechar las ocasiones, Magdalenita, de 'desplayarse' un poco por el mundo: no hace buen genial vivir siempre en 'subterránedos' como Coteruco» (p. 889).

[25] «Al propio tiempo, juzgando que el hombre de caudal que ha rodado por el mundo está obligado a ser irreligioso, jactábase [Don Gonzalo] de no ir a misa, y se burlaba de las pláticas del cura y de la credulidad de sus feligreses» (p. 874).

[26] «Primeramente —afirma don Gonzalo—, yo vine a Coteruco a descansar de las fatigas de mi trabajo y a gastar, como el otro que dice, entre los míos y en santo amor y compañía, el dinero que honradamente gané» (p. 891).

A lo que don Román, el hidalgo de Coteruco, responde significativamente: «Nada más puesto en razón».

cios políticos, ideológicos y hasta clasistas del novelista, prejuicios que se revelan incluso a la hora de depararle los atributos físicos: es un minusválido que, debido a su cojera, ha de recurrir a la muleta para poder moverse; incluso su hidalguía es negativa, puesto que desciende de hidalgos arruinados [27] y, por si eso fuese poco, es hijo de un «segundón mal avenido con su suerte, vidrioso de carácter, algo jugador de naipes, un sí es no es mocero y muy poco madrugador» (p. 858). Con tales premisas —y tras una estancia en Madrid (léase: después de traicionar a su región, como Pedro Sánchez)— parecía destinado a introducir en su aldea las «teorías deslumbrantes, con sus ribetes de socialistas» (p. 927), turbando así su idílica paz y el beneficioso y caritativo patriarcalismo de don Román Pérez de la Llosía.

Patricio Rigüelta, a su vez, había servido ya de modelo a Pereda en sus sátiras políticas de los tiempos de periodista en *El Tío Cayetano*.[28] De ahí que, aunque no se haya ausentado de su terruño (es decir: aunque no haya «traicionado» a su región), aparezca con las «cualidades» típicas del arbitrista, del bellaco astuto y egoísta, del auténtico cacique, cuyo objetivo único es sacar tajada de la Revolución.

---

[27] Sabido es que la actitud de Pereda frente a los señores solariegos venidos a menos es decididamente negativa. Ver, p. ej., don Robustiano en «Blasones y talegas». Veamos un pasaje elocuente: «Todo esto y mucho más decía don Robustiano a sus convecinos, revistiéndose de cuanta elocuencia y dignidad podía disponer, con el doble objeto de satisfacer esa necesidad de su alma y de vengar en los groseros destripaterrones, con la exhibición de tanto lustre, ciertas voces que corrían por el pueblo en son de burla sobre las privaciones y estrecheces que sufrían los dos descendientes de tanto ringorrango. Por supuesto que los aldeanos oían al solariego como quien oye llover, y al ver su casaquín raído no daban un ochavo por toda la letanía de grandezas, que, puestas en el mercado, no valdrían a la sazón medio celemín de alubias. Pero don Robustiano creía lo contrario y se quedaba tan satisfecho» (p. 389).

[28] Ver «Correspondencia» en el núm. 10 de *El Tío Cayetano*. En *O. C.*, I, pp. 79-81.

Si los personajes examinados delatan ampliamente que *Don Gonzalo González de la Gonzalera* es, todavía, una especie de ensayo de «novela grande», el planteamiento equivocado de la tesis defendida en *De tal palo, tal astilla* impone al novelista la defensa a ultranza de unos caracteres que no encajan en el marco de la trama.[29]

Ello se refleja en los numerosos pasajes en los que Pereda, contra su voluntad, cae en la trampa de ciertos *estereotipos* católico-moralizantes que, precisamente, confieren rasgos negativos a la heroína, Águeda, que adquiere una dimensión de inflexibilidad y de fanatismo religiosos, y que se ve rodeada de una frialdad harto en desacuerdo con los sentimientos y cualidades femeninas que debería reunir una chica educada en el «ambiente» puro, patriarcal y eglógico de Valdecines.

Fernando y su padre, el doctor Peñarrubia, quienes, según Pereda, siguen una vía equivocada y a los cuales intenta presentar, movido por un ilogismo enigmático y esotérico, como militantes de la «secta que preparó en España el actual desbarajustado filosofismo» (el novelista se refiere al krausismo), aparecen, por el contrario, con atributos positivos y muy

---

[29] Refiriéndose a *De tal palo, tal astilla,* Montesinos observa: «Todo en el libro de Pereda está mal planteado. Águeda es una marisabidilla imposible, tan imposible en Valdecines como en cualquier otra parte, y los librepensadores de la novela tan pobres diablos que no resisten ni un embate. El Doctor Peñarrubia, de los dos el mejor visto, hubiera debido ser objeto de mejor estudio, pero Pereda no fue nunca capaz de estudiar lo que detestaba. Al final averiguamos que, a pesar de todos sus experimentos y microscopios, no es hombre de sistema cerrado, y que la actitud de toda su vida se debe más a las muchas Águedas que a su lado pululan que a una convicción negativa en materias de religión. Es un escéptico que detesta temperamentalmente los medios inquisitoriales, únicos capaces de hacerle, por reacción, tomar partido. Este es el 'palo', piensa Pereda, quien como todos los hombres extremosos, detesta más el matiz suave que el color contrario, de que ha salido la 'astilla' de Fernando; Fernando, educado en la impiedad, desconocedor de la religión, que no sabe de la Iglesia sino lo que la desprestigia o la calumnia» (José F. Montesinos, *Pereda o la novela idilio,* México: El Colegio de México, 1961, pp. 112-113).

humanos. Y ello a pesar de que, desde un principio, el narrador reúne cuidadosamente una serie de «argumentos» y puntos que deberían conducir a resultados diversos. Ni que decir tiene que tales «argumentos» no son el resultado de un razonamiento comedido, sino, más bien, de una ortodoxia intransigente y de una actitud etnocentrista y prejuiciosa frente a los «otros».

Por ejemplo, en el capítulo IV (titulado significativamente «La raza») topamos con la siguiente observación, referida al doctor Peñarrubia:

> El misterioso personaje venía, en efecto, de otro mundo cuando apareció en su pueblo natal. Había ido a Méjico con una comisión oficial, tan honorífica como lucrativa; y allí se casó con una mejicana» (p. 1.004).

Sin embargo, en el comportamiento del doctor se verificaba casi una tradición, puesto que su padre también se había ausentado del caserón solariego, al que regresó, acompañado de su mujer encinta, en lo más crudo de un invierno montañés:

> Según unos, venía de las Indias; según otros, del infierno; y esta opinión fue la más aceptada, teniéndose en cuenta entre rayos y centellas y pisando una capa de nieve de media vara de espesor (p. 1.004).

De ahí, pues, que, ya al principio del capítulo, el novelista se haya adelantado, proporcionando al lector algunas informaciones funcionales y, evidentemente, negativas:

> Todos los Peñarrubia, según la tradición perojaleña, parecían fundidos en un mismo troquel. Todos eran *misteriosos, huraños, poco afectos a la tierra nativa,* y señaladamente *irreligiosos* (p. 1.003).[30]

Pero incluso al referirse a la mejicana —que, siendo «devota», debería gozar de la simpatía de Pereda, aunque hubiese

[30] Los subrayados son nuestros.

cometido el «error» de unirse en matrimonio al impío doctor— incurre el novelista en el *prejuicio,* afirmando que «era (...) como casi todas las de por allá muy devota y muy indolente» (p. 1.004).

Mas no son éstos los únicos casos de *etnocentrismo, prejuicio* [31] y xenofobia [32]: don Sotero, la figura más antipática y despreciable de la narración, había vivido algún tiempo *en la capital,* donde, claro, había aprendido, antes de regresar a su «pueblo natal», «sus maldades y picardías»:

> Es cosa averiguada que sus maldades y picardías le pusieron en la necesidad de abandonar la capital del partido, en que por muchos años ejerció el cargo de procurador.
> Al establecerse en Valdecines, su pueblo natal (...) (p. 1.102).

En *La Puchera,* novela en la que, tras el paréntesis de *Pe-*

---

[31] De entre los numerosos pasajes que denotan un *prejuicio* manifiesto, nos limitamos a reproducir los siguientes: «Representaba el tantas veces mencionado personaje sesenta años, y era alto y fornido, y muy calvo, con la barba entrecana, pero fuerte y espesa; tenía el cutis moreno, la mirada sagaz y penetrante, las facciones regulares y bien delineadas, y la expresión general de su fisonomía era risueña, aunque a la manera *volteriana*» (p. 993); «Pues oí... ¡bendito y alabado sea el Señor de Cielos y Tierra, por todos los siglos de los siglos! Oí que *Patetuca,* vamos al decir, el hijo de *Pateta* el *judío,* el *herejote...,* pide iglesia, señor don Sotero...» (p. 1.079); «Más adelante sucedió otro tanto con unas salladoras que iban a la mies; y un muchacho, que le seguía de puntillas, le tiró una piedra, que dio en las ancas del caballo; le llamó a voces *'perro judío'*, y apretó a correr» (p. 1.112). Acerca del antisemitismo puede consultarse con provecho el ensayo de Alphons Silbermann, *Der ungeliebte Jude. Zur Soziologie des Antisemitismus* (Zürich: Interform, 1981). Los subrayados son nuestros.

[32] Nos referimos a «xenofobia» en la acepción de «actitud individual o de grupo por la que se manifiesta claro o indirecto el resentimiento y la hostilidad contra otros individuos y otros grupos, motivado por no pertenecer al grupo de aquél o de aquéllos» (Ver *Diccionario de Ciencias Sociales,* II, p. 1.190). En ese caso, la rápida alusión a la «pícara forastera» en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* acusa claramente ciertos síndromes xenófobos: «Lo que siento es no poder echar a presidio a la pícara forastera que explotó tu credulidad robándote cuatro duros después de martirizar a tu madre...» (p. 842).

dro Sánchez y *La Montálvez,* nuestro autor regresa a los temas montañeses, hay asimismo abundantes pasajes que denuncian su *actitud etnocentrista.*[33] Tomás Quicanes, el *indiano* que quiere «asegurarse la puchera», después de haber corrido parte del mundo, regresa a su pueblo, Nubloso, donde constata que su primo, sin haber salido del terruño natal, es más rico que él, «puesto que es enteramente feliz con los cuatro terrones que labra y la fecunda mujer, que le da un hijo cada año» (p. 681). Además, por si esta comprobación no bastase, vuelve sobre el tema, confesando a Inés «lo triste que era rodar por el mundo, a lo mejor de la vida, sin patria, sin familia y sin tener a quién amar, como le había sucedido a él» (p. 701). De ahí que Quicanes sea presentado con rasgos positivos (a quien el novelista se refiere, sin embargo, varias veces con los términos de «forastero», «indiano» y «extraño personaje»), y que sea él mismo a adelantarse, preguntando:

> ¿Presumo mal, señorita Inés? Vamos, dígamelo usted francamente. ¿No le pasó a usted por la cabeza la aprensión de que yo era un farsante presuntuoso que elegía aquel sitio para lucir la persona, como los jándalos de otros tiempos? (pp. 679-680).

El Berrugo, por el contrario, posee buena parte de los rasgos tipológicos del jándalo, personaje negativo *a priori,* puesto que, como hemos visto, ha vuelto la espalda a la Montaña y, con ello, a su *endogrupo.* Sólo su modesta vestimenta[34]

---

[33] Ver también el capítulo VIII de *Pedro Sánchez,* cuando el protagonista, en su primer viaje a Madrid, queda desconcertado ante las mustias llanuras de Castilla la Vieja, ante su «paisaje negro y esponjoso, como rimero de escorias» y sus pueblos «desparramados sobre la llanura como las fichas de un tablero de damas»: «Cuando me despertó el sol del nuevo día, estábamos rodando sobre las llanuras de Castilla la Vieja. Nunca olvidaré la aflictiva impresión que me produjo en el ánimo la contemplación de aquel paisaje negro y esponjoso, como rimero de escorias: ni un ser viviente, ni un sonido, ni un árbol, ni un pájaro, ni un arroyo en cuanto alcanzaba la vista» (p. 35).

[34] El Berrugo «se presentó en Robleces modestamente vestido y sin pizca de aquella bambolla relumbrante con que solían llegar al pueblo nativo los jándalos montañeses (...)» (p. 580).

y el hecho de ocuparse personalmente de sus cultivos y ganados [35] provocan sorpresa entre las gentes del lugar. Pero, ambos obedecen, claro está, a la funcionalidad narrativa. Por lo demás, el Berrugo es el usurero malvado y simulador que se enriquece cínicamente a costa del sudor y de las penurias ajenas; es, también, el individuo brutal y codicioso que no cede en la persecución de sus fines, aun sabiendo que ésos pueden ser letales [36]; es, a la vez, fanático, incrédulo [37] y supersticioso [38]; es, además, burlón [39] y grosero, «como todos los jándalos». De ahí, pues, que el novelista deje caer al Berrugo, «espíritu anárquico por excelencia»,[40] paulatinamente en el abismo de la locura, en su afán de dominio, en su patológico intento de subyugar y tiranizar a cuantos le rodean. De ahí el castigo —terrible, según el código moral de Pereda— de la desobediencia de su hija, los temores de tener que darle a Inés la legítima y la parte de los bienes gananciales que le

---

35 «Fueron también motivo de sorpresa los propósitos que apuntó de enredarse en labranzas y ganaderías, con el fin de sacar el mejor fruto posible a las tierras que desde Sevilla había ido comprando en el lugar» (p. 580).

36 El sobrino del mayorazgo arruinado compra con los medios que le proporciona el prestamista el «último vaso de aguardiente», el «trago de gracia que le tumbó en el suelo» (p. 581). El es también el causante de la prematura muerte de Cruz, su mujer.

37 (...) fue bien pronto público y notorio su menosprecio por las cosas de tejas arriba, con excepción de unas pocas y muy secundarias» (p. 581); «Era irreligioso porque la ley de Dios le ataba las manos rapaces y le imponía deberes penosos; pero rezaba a Santa Bárbara porque le librara del rayo, que le espantaba; y a San Antonio, para que le hiciera encontrar cuanto se le perdía; y a Santa Rita, para que no se le escapara una deuda que le parecía de cobro imposible» (p. 582).

38 «Naturaleza inculta y vulgar, era irreconciliable con el buen sentido y esclavo de todas las supersticiones» (p. 582).

39 «Que tu sobrino —replicó el Berrugo en el tono de burla fría que le era propio (...)» (p. 631); «Interesante, ¿eh? —dijo en el tono burlón de costumbre don Baltasar (...)» (p. 685).

40 José F. Montesinos, *Pereda o la novela idilio*, p. 224.

corresponden; de ahí la muerte atroz que el novelista depara al Berrugo.[41]

Don Elías, visionario innocuo y cordial, víctima perpetua de la lucha por la puchera y de sus pesadillas domésticas, es asimismo un desequilibrado psíquico que huye de su neurosis, imaginándose negocios fantásticos. Oriundo de Tierra de Campos, la profesión le había arrancado de su terruño nativo, se había casado con una riojana que, rodando por el mundo, le había dado cuatro hijas, cada una en un lugar diferente: la primera en la Rioja, la segunda en la provincia de Burgos, la tercera en la de Valladolid y la cuarta en la de Palencia. Premisas, pues, examinadas desde la *óptica etnocentrista* del novelista montañés, nada halagadoras, puesto que las frecuentes mudanzas las condenaban a ser *forasteras* en todas partes, a *no tener pueblo*.[42] De ahí, pues, el triste papel que desempeñan y los mordaces símiles con que Pereda las pinta:

> Allí moraba don Elías con su mujer, tullida por el reuma y encamada seis años hacía, y cuatro hijas mozas, con unos

---

[41] García Lomas da la siguiente definición del término «berrugu»: «Hombre tosco y de poca inteligencia que se distingue por su terquedad, equivale a 'tasugu' en una de sus acepciones y como este, tiene aquél por extensión, el verbo 'aberrugarse'; 'atasucarse': obstinarse» (Adriano García Lomas, *El lenguaje popular en las montañas de Santander*, Santander, 1949, p. 84); hemos transcrito la definición tal y como aparece en el lugar indicado, aun a sabiendas de que la puntuación no es del todo correcta). Sin embargo, aunque la definición de García Lomas perfile con bastante exactitud el carácter de nuestro personaje, en el valle de Campoo de Suso, el lexema «berrugu» tiene, además, la acepción de «bruto», «retorcido», «explotador» y «tacaño». Estos contextos semánticos también coinciden perfectamente con otras de las «cualidades» de don Baltasar.

[42] Ver, p. ej., la alegría de Macabeo al regresar a su pueblo, del que hacía apenas algunas horas que se hallaba ausente: «¿Por lo del relincho al salir de ella? ¡Ca, señor! Esas ganas me entran a mí siempre que vuelvo a ver a mi pueblo, aunque haga dos horas que falto de él. Pequeñuco y escaso de borona es; pero el demonio me lleve si no me parece el mejor de la Montaña. ¡Qué campanas las suyas! ¿Pues en lo relativo a mozas?... ¡Caráspitis, caráspitis!... Ya verá usté qué verbena de san Juan tenemos...» (p. 992, t. I).

> genios y unas inquietudes que no cabrían en la sierra del lugar. No podía calcularse, a ojo, la edad de ninguna de las cuatro; cada una de ellas parecía más vieja que las otras tres; y todas juntas daban, de pronto, la idea de un montón de orujo resultante de una cosecha exprimida fuera de sazón. No se me ocurre comparación más adecuada al aspecto y atavío de aquellas cuatro mozas (p. 601).

Y más adelante, describiendo el «ambiente familiar» de don Elías, puntualiza el santanderino:

> Empujó la puerta, que estaba arrimada; encendió una cerilla y subió al piso, en el cual se halló a la vallisoletana tirando de la greña a la burgalesa, y a la riojana enredada a denuestos con la palentina, mientras de la alcoba inmediata (porque esto ocurría en la salita) salían, como del fondo de un sepulcro, los ayes angustiosos de la médica (p. 603).

No obstante, Pereda sentía profunda simpatía por el buenazo de don Elías, lo que se refleja, por ejemplo, en un hecho muy significativo: el médico ha sabido acomodarse a la nomenclatura regional de las enfermedades, a fin de poder tratar a los pacientes a su gusto,[43] y se sirve incluso de expresiones montañesas.[44]

En *Peñas arriba* (1895), la novela que mejor plasma la concepción artística e ideológica de Pereda, tropezamos asi-

---

[43] «Sobre lo primero afirmó [don Elías] que no había en la tierra punto más sano que Robleces; y a lo segundo respondió que las enfermedades más comunes allí eran la 'lijadura', el 'pradejón', el 'paralís' y las del 'arca'.

—Veo con placer —dijo el indiano, sin intención aparente de burlarse de don Elías —que la ciencia ha adoptado al fin la nomenclatura vulgar de estas buenas y sencillas gentes.

—No, señor —respondió el candoroso médico—; somos nosotros los que nos hemos acomodado a ella, en la necesidad de tratar a estos enfermos a su gusto» (p. 690).

[44] V. la frase «Pero ¡morruda castaña le van a dar!» (p. 630). «Dar la castaña» significa, según García Lomas, «engañar a otro, dándole, por buena, cosa mala». Ver también la nota 345 de la edición de Laureano Bonet de *La Puchera* (Madrid: Castalia, 1980), p. 237.

mismo con un acontecimiento significativo: el idilio bucólico de Tablanca, el casi «paraíso terrenal» (donde, en opinión del autor, no hay «ni pobres ni ricos», ya que las tierras comunales y el caritativo don Celso aseguran sobradamente la subsistencia de todos), se ven de repente amenazados por la intrusión de tres *forasteros* en la comunidad. Uno de ésos, el más peligroso, se había presentado un buen día en Tablanca «como llovido de las nubes» (p. 1.161), vendiendo baratijas y embaucando a los aldeanos «con el encanto de su pico» (p. 1.161). El desenlace es, evidentemente, nocivo: «fue una barredera en el lugar. Ni una mota dejó el pícaro en Tablanca. Particularmente, Facia, que era de suyo sencillota y noble, se despilfarró» (p. 1.162). Los otros eran originarios del terruño —medio hidalgos incluso, de la familia, venida a menos, de los Gómez de Pomar—, pero desde la adolescencia misma fueron «unos perdidos (...), borrachos, corretones y pendencieros, y daban más que hacer a la Justicia en seis meses que todo el partido judicial en un año» (p. 1.197). Sin embargo, el narrador parece insinuar que, efectivamente, estaban predestinados a terminar mal, puesto que su progenitor había cometido una grave infracción contra las leyes del linaje: «se casó con la criada, una lebaniega cerril, siempre vestida de sayal y con 'bocio'» (p. 1.197). Ni que decir tiene que no se cuidó en absoluto de su educación y que, «lejos de ello, les dio continuamente el mal ejemplo de su desgobierno, y muy a menudo, el de las escandalosas reyertas matrimoniales, provocadas por la lebaniega incivil, que era la estampa de la suciedad y el colmo del despilfarro» (p. 1.197). Con tales premisas, no nos extraña el hecho de que «opten» por la emigración [45] (léase: que el novelista los condene a *traicionar el terruño*); ni siquiera cuando, al cabo de los años, regresan, les concede el perdón: tras el desventurado matrimonio de uno de ellos con una muchacha de la región, el novelista los «castiga» nuevamente, arrojándo-

[45] «Cuando se vieron en la calle, sin hogar, oficio ni beneficio, desaparecieron de aquí, y se supo que andaban por Andalucía buscándose el modo de vivir como el diablo les daba a entender» (p. 1.198).

los (o sea: *desterrándolos*) «otra vez por esos mundos a buscarse la vida, con gran contentamiento de todo el lugar, y hasta de la pobre mujer del uno de ellos» (p. 1.198). Pero examinemos más de cerca los vocablos y expresiones que califican al baratijero.[46]

Sorprende, desde un principio, el *prejuicio* del narrador hacia su personaje, a quien tilda, antes de presentárselo al lector, de «indino» (endino), de «pícaro», de «bribón de siete suelas» y de «hechicero» (pp. 1.161-62). «Tipo transhumante»[47] por antonomasia, «le gustaba correr el mundo y ver de todo» (p. 1.161), y aseguraba ser vástago de «una de las principales familias de Madrid, arruinado con los negocios de la Bolsa» (p. 1.199). Por eso puede concluir el novelista, refiriéndose a «la casta» de los foragidos, que «los dos tenían muy distinto pelaje del acostumbrado y corriente entre los aldeanos de aquellas comarcas: ofrecían todo el aspecto de los vagabundos famélicos de las ciudades; ambos llevaban la barba gris a medio crecer, y el ropaje obscuro y mugriento, con muy pocas señales de camisa» (p. 1.199). Además, por si ello no bastase, el «pícaro baratijero» tenía fisonomía «innoble y repulsiva (...) un chirlo en la nariz que se la dividía casi por la mitad y un ojo medio borrado» (p. 1.199). Asimismo, la confesión de la desventurada Facia (la «mujer gris» que, desoyendo los consejos de su amo y «faltando a la Ley de Dios», se casó con el «sospechoso» *extranjero*[48]) abunda en calificativos poco hon-

---

[46] Constatamos en *Peñas arriba* que los personajes «negativos» son *hombres marginales*, excluidos totalmente de la comunidad. Por el contrario, en las novelas antes examinadas, desempeñaban siempre un papel importante o, incluso, de protagonistas (Don Gonzalo y Fernando Peñarrubia).

[47] Como el lector sabe, *Tipos transhumantes* es el título de una obra juvenil perediana, en la que el novelista arremete, movido por su próspero síndrome etnocentrista, contra los turistas, entonces conocidos por el nombre de «veraneantes».

[48] «Por desoírle [a don Celso], decía la infeliz [Facia], había faltado a la ley de Dios, y por esta falta había venido el castigo de sus desventuras» (p. 1.277).

rosos para con el forastero, llamándole nada menos que «salteador fascinerosu», «enemigo de hombre», «jaraposu y tan mal encarau», «zalameru», «mal padre» (el forastero había abandonado a su mujer y a su hija),[49] «bribón», «infame», «pícaro» y «vampiro» (pp. 1.278-80). Cuando regresa, de por «sus mundus ayá»,[50] al valle de «los suyos», su único objetivo es, coaccionando a Facia, desvalijar la Casona (es decir, el «banco» de los vecinos necesitados de Tablanca), aunque para ello fuese necesario inmolar a sus moradores.[51]

El desenlace de la trama es bien conocido: un pastor descubre en una cueva los cuerpos exánimes de los bandoleros; sin embargo, casi inadvertidas pasan dos significativas intrusiones del autor: «(...) perecieron de hambre y de frío... *por decreto de Dios, que conocía sus malas intenciones.* (...) En buena justicia, tenían los tres más que merecido el palo (...)» (p. 1.312); los subrayados son nuestros).

Por el contrario, Marcelo, personaje incontaminado y arquetípico (como casi todos los de *Peñas arriba*), obedece claramente al tradicionalismo sentimental de Pereda. Por eso, precisamente, lo «salva» (no olvidemos que Marcelo se había criado en Madrid y que desconocía por completo su país de ori-

---

49 «A los diez meses de casados tuvo Facia una niña, y sin llegar a cumplirse el año, su marido, que había desaparecido una semana antes, volvió a casa de noche, roto y desgreñado; dio de bofetadas a su mujer porque le preguntó cariñosamente cómo le había ido (...), hizo apresuradamente un lío con las baratijas que le quedaban en casa y con otras, al parecer, semejantes que fue sacando de los anchos bolsillos de su ropa, y sin despedirse de Facia, desapareció de la casa y del pueblo, perdiéndose en la obscuridad de los montes... hasta hoy» (p. 1.163).

50 «Pos venía (...) de por esus mundus ayá: lejos, ¡muy lejos!..., hasta más lejos, a veces, que la otra banda» (p. 1.278), confiesa la infortunada Facia, dotada de muy escasa inteligencia, tal y como, pensaba Pereda, correspondía a los representantes de su clase.

51 «Si hay alguno demasiado ligero de sueño, boca abajo para *in saecula* en cuanto se despierte, y el primero tu amo, si es que no ha habido que empezar por su sobrino..., o no se dejan amarrar todos con la docilidad que pide el caso» (p. 1.281).

gen): porque se declara dispuesto a seguir las costumbres patriarcales de sus antecesores y, además, porque su hidalguía era «neta».[52] No es, pues, de extrañar el hecho de que Marcelo, como ya notó Montesinos, sea de carácter endeble, espiritual e intelectualmente, y que sea el lado afectivo lo que, en definitiva, decida «sus destinos». De ahí que la intención social de la novela aparezca «como algo sobrepuesto por artificio de ella».[53] Pero no faltaban razones para que Marcelo fuese como era, ya que, de otro modo, no hubiese comprendido la misiva perediana y se hubiese planteado con mayor decisión la cuestión «vocacional».

Deberíamos referirnos aún, aunque fuese sólo de pasada, a *Nubes de estío* (novela en la que *los forasteros* son también observados y presentados con marcada antipatía, ya que aparecen bajo la forma de chivos emisarios, sobre los que recae la «enorme» culpabilidad de haber despojado de su carácter la vida montañesa) y a otras obras significativas en este mismo contexto; pero con ello nos extenderíamos demasiado, sin aportar apenas variantes reveladoras. Por eso nos hemos limitado principalmente, como indicábamos arriba, a las cuatro obras examinadas.

V

Después de lo dicho, percibimos nítidamente en Pereda una *actitud conflictiva frente a lo foráneo,* en lo que ve una amenaza constante de la identidad cultural autóctona («montañesa» en nuestro caso), puesto que el forastero introduce en la comunidad categorías y características culturales que alteran —o, incluso, destruyen— irreversiblemente el equilibrio sociopolítico existente. Nos hallamos, pues, ante una situación que no deja lugar a posiciones intermedias: o se concretiza en

---

52 «Este es de la mi sangre neta, y amo ya y señor de esta casa» (p. 1.295), diría don Celso poco antes de expirar, refiriéndose a Marcelo.

53 José F. Montesinos, *Pereda o la novela idilio,* p. 261.

la total adaptación y asimilación absoluta del forastero (por ejemplo, Marcelo y Tomás Quicanes), o, por el contrario, queda condenado irremisiblemente a la marginación (don Gonzalo) y/o al desenlace trágico (el Berrugo y don Sotero). Asimismo, los casos de integración o «adecuación» dudosas o incompatibles con el orden y la tradición existentes son excluidos y castigados *a priori* (ese es el caso de los doctores Peñarrubia).

Por lo tanto, los modelos de referencia peredianos quedan nítidamente subordinados a un *etnocentrismo* evidente, que desemboca en un *regionalismo* intransigente y, al menos en su primera época, acrítico.

De ahí la dicotomía entre la «intención poética» y la «realización literaria», que se manifiesta claramente en los *prejuicios* del novelista frente a algunos de sus personajes y en la marginación a que ésos son condenados.. Esa dicotomía proviene del «compromiso regionalista» y de la intransigencia ideológica del escritor cántabro. Un compromiso regionalista condicionado por la pertenencia a una determinada clase sociopolítica: la alta burguesía industrial (y comerciante) y la élite cultural *santanderina* (o sea: urbana; no rural o cántabra propiamente dicha). Eso implica, a su vez, un hecho significativo: la relación Pereda-La Montaña (o sea, la naturaleza, el paisaje, las aldeas, los aldeanos, etc.) está supeditada a la visión desfigurada del veraneante urbano, que asume frente a los aldeanos una actitud paternalista, «bondadosa», moralizante y, claro, «ejemplar». Por ello la novela «regionalista» perediana presenta, substancialmente, una Montaña pintoresca, conservadora y sublimada.[54]

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
Universidad Politécnica Federal
de Zúrich

[54] A conclusiones similares llego en el reciente trabajo «Las hablas locales montañesas en la obra de Pereda: invención, falseamiento, arquetipos, estereotipos y pseudopopularismo al servicio de la ideología», en José Manuel González Herrán - Benito Madariaga, *Nueve lecciones sobre Pereda,* Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1985, pp. 197-221.